



MUSICA FESTERA

La fiesta, en su acepción de manifestación folklórica popular está integrada por una serie de ingredientes o factores que en la medida de su proporción dan a la fiesta una característica especial. La música es sin lugar a dudar, uno de los ingredientes insustituibles en toda fiesta y de un valor esencial en las de Moros y Cristianos. Precisamente por ello y por su perfecta localización geográfica la fiesta de Moros y Cristianos tiene unos perfiles característicos enraizados en esa música muy genuina de la región y en ese ambiente donde la luminosidad mediterránea pone telón de fondo al genio creador de unos hombres que en la música como en toda otra manifestación saben poner espíritu de artistas y de verdaderos genios.

Alcoy ha sido desde antiguo el centro geográfico y ambiental de las fiestas de Moros y Cristianos. Hasta el siglo XIX estas fiestas se acompañaban de tambores,

atabales y el sonar de clarines que ponían fondo militar a las marchas de los ejércitos y al desarrollo de los combates. Fue en 1882 cuando un gran compositor alcoyano, don Juan Cantó Francés, catedrático de armonía del Real Conservatorio de Madrid se inspiró en las fiestas de su tierra natal para crear el pasodoble «Mohamet» primer antecedente serio de la música festera y puerta abierta a futuros compositores. Tras ese puente, ya tendido pasaron a desfilar «El Capitán» «El Transval», de Camilo Pérez Laporta; «Ecos de Levante», de Gonzalo Barrachina; «Anselmo Arcil», de José Espí, y muchos más, pero todos ellos con un sello inconfundible y con el estilo de su antecesor, dando a todas estas composiciones el ritmo del pasodoble «sentat». Estamos no obstante en el prólogo de un importante capítulo de la música que llenaran por completo autores alcoyanos y que abrirán el capítulo de la historia de la música que podríamos denominar: Música de Moros y Cristianos.



Pero dentro de este capítulo mayor personalidad propia que el pasodoble adquiriría pronto la llamada «Marcha mora». Sería también un alcoyano, Antonio Pérez Verdú, quien en 1906 siendo director de la Banda Primitiva de Alcoy iniciaría nueva andadura musical con su marcha mora «Abencerraje». El impacto de esta nueva marcha produjo verdadera sensación y las «Entradas» de todos los Moros se celebraron ya bajo los sonos del nuevo ritmo.

Así pues «Mohamet» y «Abencerraje» encabezaron los dos tipos de composiciones musicales que luego se proliferarían y que han dado composiciones importantes para la música festera dentro de un nivel general bastante aceptable, donde existen obras maestras junto a otra de calidad inferior. Las primeras composiciones siguieron el encasillado técnico y armónico de las dos composiciones maestras iniciadas. Autores de toda esta región e incluso otros más alejados probaron a llevar al pentagrama composiciones de música festera a la que procuraban, sin conseguirlo en muchas ocasiones, darles un tinte de personalidad propia.

Hacia 1940 se viene a romper la línea un tanto monótona y exclusivista de este clasicismo musical para buscar nuevas inquietudes de inspiración y creación. Se rompe con el pasado y se buscan nuevos caminos, se adaptan nuevas obras, se llega a una mayor depuración de estilo. La creación genuina sustituye a lo que había sido un encasillamiento casi rutinario. Se llega incluso a variar el «metrónomo» que los pioneros habían impuesto. La música llega a calar con fuerza en la conciencia del festero. La música se convierte en elemento consustancial de la fiesta. Pero al hablar de la música estamos hablando de la «marcha mora» ¿qué ocurre con la marcha cristiana? La música cristiana no se identifica con el festero del mismo modo que la marcha «mora» ¿motivos?, muy diversos e incluso complejos. En 1958 Amando Blanquer Ponsoda, gran alcoyano y hombre perfectamente identificado con la fiesta compone la primera «Marcha Cristiana» una composición a mi juicio magnífica, llena de fuerza, vitalidad y con una serie de sonidos perfectamente incorporables a la motivación festera. Pero la gran lección de Amando Blanquer, no ha sido comprendida ni mucho menos seguida por los compositores posteriores, que han elegido el camino más cómodo y brillante de la marcha mora, aceptada de antemano por el «festero», que el riesgo de una marcha cristiana que flota ambiguamente sin encontrar los exactos contornos de su perfecta adaptación a las exigencias de un ambiente.

Puede que la culpa de ese divorcio entre música y festero sea atribuible por partes iguales a compositores como a los propios festeros. Muchas veces éstos prefieren cualquier híbrido entresacado de composiciones populacheras para acompañar sus bullangueras correrías, que la deliciosa armonía de una composición festera hecha para deleite y placer de auténticos festeros. La música, no hay que olvidarlo, es como el caldo de la fies-

ta, le da el auténtico sabor y los festeros, los auténticos festeros saben distinguir perfectamente lo que es charanga o pasodoble mistificado de la auténtica composición alma y fondo de la fiesta. Puede que aquello tenga su relativa justificación en el interior de la comparsa o «Fila», cuando el repertorio se extiende a todo lo tocable, pero en la seriedad de la fiesta, en el esplendor luminoso de un desfile, en el alegre y brillante recorrido callejero, en la solemne diana o en cualquier acto de la fiesta, la música festera, la auténtica música festera sea mora o cristiana debe ser el digno acompañamiento para poner dignidad y categoría a unas fiestas que hoy por hoy, pueden enorgullecerse de ser las de mayor personalidad, esplendor y brillantez de España.

JOSE MARIA FERRERO PASTOR



Sr. D. José María Ferrero